

Que ella el carácter de criatura imprime
 En todo ser que sobre el mundo mora?
 Si la criatura, en su razón, suprime,
 ¿Qué le queda del orbe? Si devora
 Su propio ser, ó así le da tormento,
 Qué quedará en su propio entendimiento?

¡Acusáis mi justicia! — Criatura
 Del tiempo y del espacio, alzarte quieres
 Hasta mi ser increado, hasta mi altura,
 Y olvidas tú que polvo no más eres.
 Olvidas en tu orgullo, en tu locura,
 Que el tiempo y el espacio en donde mueres
 No existen para mí, que todo es mío,
 Tiempo y eternidad, mundo y vacío!

¿Queréis que alcance á comprender mis fines
 Sin mi divina luz la mente humana?
 ¿Queréis que el infinito haya confines?
 ¿Que sea mi excelsitud terrena y vana?
 ¿Queréis medir por vuestras miras ruines
 Las obras de mi ciencia soberana?
 Si sois para vosotros un arcano,
 ¿Cómo habéis de entender lo sobrehumano?

El mal es vuestra obra; el bien la mía.
 El mal es el desórden y el pecado.
 Aquel que de mis leyes se desvía,
 Del bien se aleja y vive desdichado.
 Del delito primero desde el día,
 El hombre, hijo del mal, del mal formado,
 Llevó doquier y por doquier consigo
 La culpa de su especie y su castigo.

¿Qué más pude yo hacer que levantarle
 Del cieno, y, con mi sangre, en el Calvario,

El reino de los cielos conquistarle,
 Envuelto un día en el mortal sudario?
 ¿Qué más que á mi derecha colocarle,
 Dar mi vida por él, y mi santuario
 Abrir al mundo, y, con la fe cristiana,
 Dejarle una promesa soberana?

¿Juzgáis, quizá, que mi poder amengua
 La ronca maldición de un pueblo impío?
 ¿Hay voz que alcance, en vuestra pobre lengua,
 A explicar mi saber, mi poderío?
 ¿Qué es el hombre ante mí? Fruto de mengua.
 ¿Qué puede contra mí su desvarío?
 Si vuelvo á él mis ojos enojado,
 Caerá sobre su rostro quebrantado.

Ya vagues tú por el espacio inmenso
 Donde giran mil mundos portentosos;
 Ya de las nubes tras el velo denso
 Cruces sobre los astros luminosos;
 Ya absorto, fijo, en tu dolor intenso,
 Mires del mal los antros tenebrosos;
 Ya, rendido, en la sima de la nada
 Sumerjas tu razón avergonzada;

Doquier me encontrarás. A mí en su vuelo
 Me hallará la razón, y en su caída,
 Ya en alas de la fe suba hasta el cielo,
 Ya se arrastre en el polvo, envilecida.
 Soy principio y soy fin; luz y consuelo:
 En mí reside el germen de la vida;
 Y todo aquello que existencia tiene
 De mí nace, en mí crece y se mantiene.

Fuera de mí ¿qué veis? A vuestra planta
 ¿Qué ven, sin mí, vuestros cansados ojos?

¡Ay! se estremece la ánima y se espanta;
Sombras al tacto y á los pies abrojos!
Ved, pues, que todo pasa y se quebranta
Y os deja sólo turbación ó enojos.
¿Por qué me huís? Sin mí, todo es vacío,
Noche eterna, miseria, desvarío. . . .

¿No revelan sus obras celestiales
A ese Dios en quien, necio, descreíste?
Las eternas y públicas señales
De su inmenso poder nunca entendiste?
De ese mundo en los bienes y los males
Su justicia y bondad no comprendiste?
¿Quién hay, si una alma tiene, que le ignore?
¿Quién hay, que al contemplarse no le adore?

Mira hacia el cielo. Espléndido se ostenta.
¿Quién le pobló de mundos incontables?
Mira á la tierra y dí: ¿quién la sustenta?
¿Dónde están sus cimientos perdurables?
¿Quién en los aires su gran mole asienta?
¿Quién obró tantas cosas admirables?
Sin mi poder, sin mi bondad, ¿qué fuerais?
¿Dónde estabais? decid. Antes, ¿dónde erais?

Ciegos: ¿no veis que mi justicia escrita
Está en el alma, en la conciencia humana?
¿Que mi ciencia es inmensa, es infinita,
No os lo dice mi hechura sobrehumana?
La tierra que habitáis, por mí bendita
Y llena de mi gracia soberana,
Que es mi bondad extrema no os revela?
Que soy un Dios que os ama y os consuela?

Yo saco el orden del desorden mismo,
Del mal el bien, la vida de la muerte.

Yo soy Señor del cielo y del abismo,
Y nadie es contra mí grande ni fuerte.
Yo soy quien con su sangre os dió el bautismo
De redención, desde una cruz, inerte.
Yo soy aquel que á levantaros vino:
Soy la verdad, la vida y el camino.

Calló la voz. Arrodióse Hernando,
Y en el húmedo y sucio pavimento
La altiva frente con dolor doblando,
Arrepentido acaso, oró un momento.
Entonces —de su infancia comparando
La fe sencilla con su actual tormento—
Perdóname —exclamó— perdón, Dios mío!
Humilde vuelve á tí tu siervo impío.

II

Tendido en las regiones donde nace
Y asoma el sol su disco esplendoroso,
Un pueblo extraño medio oculto yace
En medio de un abismo tenebroso.
Meditabundo, inmóvil, satisface
Su vocación con siglos de reposo.
Correr los tiempos mira, indiferente,
Tornarse en piedra su humillada frente.

Adorador de la sustancia inmensa,
Duerme, sobre una tumba, descuidado.
Quizá á la vuelta de su sueño piensa
A la eterna sustancia haber pasado.
Buscóle Hernán en su región extensa,
É inmóvil le encontró. Nos ha legado
Recuerdos trancos, pálidos, sombríos;
Profunda obscuridad y hondos vacíos.

Volvióse hacia el Egipto. Esas regiones
 Canales son do pasan del Oriente
 Hombres y cosas, ciencia, instituciones,
 Para alterarse luego en Occidente.
 Todo cambia y en nuevas condiciones
 Entra ya el hombre, activo é impaciente.
 La unidad oriental se descompone;
 La griega variedad se sobrepone.

¡Grecia! He ahí que surge bullicioso
 Un pueblo semi-Dios y semi-humano;
 No inmoble como aquel, ni desdeñoso,
 Sino activo, sensual, artista y vano.
 Viviera aquél absorto y en reposo;
 Éste es juguete de su afán mundano.
 Allí eran sombra, nada más, los hombres;
 Aquí son dioses con humanos nombres.

Son su libro sagrado sus pasiones
 Deificadas por él, que, en su demencia,
 Tomó por realidad sus ambiciones;
 Creyó divinas su aptitud, su ciencia.
 ¿Qué os dice de ese pueblo de ilusiones,
 Que á sí se amó, la universal conciencia?
 Que fué su genio artístico y gracioso,
 Pero incompleto, efímero, aunque hermoso.

Mas ved: mientras la Grecia vanidosa
 Se deifica, una cueva de bandidos
 Se convierte en ciudad, ciudad grandiosa,
 Do lo antiguo y lo nuevo están unidos.
 Grecia sucumbe ante ella: victoriosa,
 Ve la reina ciudad pasar vencidos
 Reyes y pueblos, como sombras vanas,
 Ante las pardas águilas romanas.

Roma es la reina: el mundo está á su planta,
 Y su fuerza contempla silencioso.
 Si airada mira, ó su pendón levanta,
 Todo cede á su esfuerzo poderoso.
 Al frente de cien reinos se adelanta
 Su cetro alzando firme y victorioso,
 Y en medio sus conquistas, altanera,
 Su espada arroja y por doquier impera.

Estudad á esa Roma: leed su historia:
 Su loco empeño de brillar la ofusca.
 Ciencias y artes, por premio á su victoria,
 Ved con qué afán en los vencidos busca.
 Culto rinde á sus dioses y á su gloria,
 Griega en lo varia, en lo severa, etrusca.
 Todo lo trae á sí, se lo asimila;
 Ó lo renueva todo, ó lo aniquila.

Mas no esperéis que la salud del mundo
 Venga de Roma: ved más adelante.
 En un sueño letárgico y profundo
 Duerme en Augusto la águila triunfante.
 Ese suelo sangriento é infecundo
 No arrojará la luz santificante.
 Buscadla en Galilea, do un niño tierno
 Viene á cumplir los votos del Eterno.

Mirad bien á ese niño: en él se encierra
 Lo que fué, lo que es, lo que no ha sido.
 No hay, fuera dél, más que homicida guerra,
 Honda tiniebla y criminal olvido;
 Página misteriosa, que abre y cierra
 El libro de la ley, que ha resumido
 Los siglos todos y la humana historia
 En su palabra eterna y en su gloria!

Ese niño es un Dios. Brota á raudales
 De sus labios el bien. Sobre su huella
 De agua viva y de amor los manantiales
 Fecundos surgen, y con sangre sella
 Sobre una cruz sus votos celestiales.
 La salvación, la gloria deja en ella,
 Que al espirar, pendiente de un madero,
 Llama á su eterna gloria al mundo entero."

SALVADOR DIAZ MIRON.

I

A LAS PUERTAS.

Al fulgor ensangrentado
 De una hornaza nunca extinta,
 Junto al yunque en que el ardiente
 Hierro herido arroja chispas;
 Levantando y abatiendo
 El martillo que fatiga;
 Sudoroso y atezado,
 Un Vulcano está á tu vista.

Esta atmósfera de infierno,
 Roja á fuerza de encendida,
 En que el Cíclope trabaja
 Como en una pompa olímpica,
 Bien pudiera sofocarte
 Con su fuego y su ceniza.....
 ¡Que de tí no éntre aquí más
 Que la luz de tu pupila!

No penetres en el antro,
 No busques idolatrías
 En este taller, —panoplia
 De tantas sagradas iras!
 Yo amo la belleza, es cierto;
 Mas no á la manera antigua;
 Vástago de esta centuria
 Voy por donde ella me guía.